

El Yo, las fronteras, la grieta.

Presentación a cargo del Dr. Marcelo Armando

Este texto nació de las propuestas de la mesa inaugural de comienzos del año. Magdalena Echegaray, Carlos Guzzetti y Alberto Marani nos proponían, en ese orden, tres vértices diferentes para dar el puntapié inicial. Me pareció encontrar en aquellas ponencias un común denominador transversal a las tres exposiciones: la relación con las fronteras. Magdalena recuperaba meticulosamente las distintas propuestas conceptuales que el Psicoanálisis aportó en relación con el tema del año. Se estaba ocupando entonces de fronteras intrateóricas. Carlos destacaba, con buen tino, los obstáculos epistemológicos que pudieron habernos condicionado (escotomizado) a la hora de pensar (y actuar) sobre las cuestiones del Yo, quedándonos a medias en la exploración de aquellas escuelas que lo pusieron en foco. Fronteras, allí, entre escuelas. Alberto nos invitaba a mirar con atención qué está pasando y qué pasó después de Freud en el terreno vecino, el de las Neurociencias. Y abundó en el tema hace dos semanas. Fronteras con otras disciplinas, con otros paradigmas. Carlos, además, auguraba lograr una buena conversación. Empiezo por esto último: la etimología de la palabra conversación nos revela que además de la acepción que refiere al intercambio de palabras o pensamientos que apunten al conocimiento, en sus raíces el término incluye la dimensión del acto: estar en acción con otros, en movimiento, en convivencia activa, en inter-acción. En nuestros tiempos el Psicoanálisis no detenta, tal vez nunca lo hizo, la hegemonía en el campo de las prácticas a disposición. Me refiero a las prácticas que ofrecen alivio al sufrimiento. Y esto a pesar de la notable diferencia a su favor en cuanto a la consistencia y profundidad de la teoría que la sustenta. Hoy es una propuesta entre otras. Y en su propio seno hay heterogeneidad: escuelas, corrientes, instituciones. En este sentido en la mesa inaugural se ponía el dedo en la tecla: nuestra práctica es una práctica entre otras y está llamada a conversar, si acude a ese llamado, entre fronteras con otras, algunas de muy diversa extracción.

FRONTERAS Y GRIETAS: Tanto en el campo de la geopolítica como en el campo de la epistemología, nos representamos una frontera cuando en un campo determinado, existe una traza, una línea divisoria, un límite que separa entre sí aspectos diferentes: conceptos, culturas, sistemas, sin aislarlos por completo. Existe separación, pero no conflicto irreconciliable. Es factible trasponer de un lado al otro; nos imaginamos un borde poroso, permeable que divide dos territorios comunicables. Entre ambos lados de

esa frontera, hay una interacción posible, una con-versación. Su función es ordenadora, organizando el límite, dando representación a la diferencia. En las fronteras la capacidad del pensamiento puede verse estimulada a articular las diferencias y valerse de ellas creativamente.

El término **grieta** no es cabalmente un concepto, aunque hoy se lo emplea en el estudio de la relación entre disciplinas. Aquí cobró difusión y uso extendido en el campo de la política para caracterizar la polarización, que no es patrimonio exclusivo de nuestra sociedad ni de nuestra época. Los ejemplos abundan: capitalistas/socialistas, peronistas/antiperonistas, republicanos/demócratas, republicanos/monárquicos, unitarios y federales, pro vacunas/antivacunas, psicoanalistas/cognitivos, psicoanalistas/neurocientistas, porteños/provincianos, millonarios y bosteros, **israelíes y palestinos**.

Desde hace más de una década en nuestro medio ha quedado vedada la asistencia de la hinchada visitante a los partidos de fútbol, nuestro deporte emblema. Se tomó la medida en pos de disminuir la estadística de muertes ocurridas en el contexto de los encuentros. Y esto en el marco del deporte, al que le atribuimos la capacidad pacificadora de canalizar las mociones agresivas de manera benéfica, por vía de la sublimación.

Locales o foráneas, actuales o históricas, sutiles o explícitas, discursivas o violentas, un examen del devenir de las comunidades humanas no hace más que testimoniar la fuerza y la repetición de este proceder: construir grietas sobre la base de una diferencia. Narcisismo de las pequeñas diferencias, nos diría Freud. Tal vez haya que leer “Narcisismo **hasta** de las pequeñas diferencias”. Porque es claro que las grietas bien puede montarse también sobre una diferencia sustantiva, abriendo una zanja infranqueable donde podría haber frontera. Los teóricos de la política y de la guerra (una en continuidad con la otra, al decir de Clausewitz (1832) recomiendan generarlas cuando no están dadas o reforzar las preexistentes. Los líderes toman debida nota y se valen de ella como estrategia, sobreactuándola. Como recompensa, el refuerzo de la cohesión del grupo merced a la exclusión del diferente, dirigiendo el odio hacia fuera, tal como Freud lo estudia en Psicología de las masas.

La disputa entre Montescos y Capuletos (Romeo y Julieta, Shakespeare, año 1600) pone en primer plano la cuestión, que remata justamente en la imposibilidad radical de concretarse el amor. Siglos más tarde Sartre hará decir a uno de sus personajes en A puertas cerradas (1944): el infierno son los otros.

La grieta es ruptura en la continuidad, una desconexión entre las instancias que quedan a sus márgenes. No hay interacción, ni intercambio ni consenso posible. Todo lo que provenga del otro lado está a priori denotado como negativo (peligroso, hostil, amenazador, desdeñable). La tensión flota, el odio es el afecto predominante. No hay diferencia entre ajeno y enemigo. Los matices se esfuman, el discurso parece fusionarse ilusoriamente con algún absoluto. La apelación a examinar la diferencia en el marco de la complejidad resulta abolida. En su lógica binaria, el recurso a una terceraidad mediadora queda por completo descartada.

La grieta llama a romper con lo que se ubica enfrente. La experiencia personal y de consultorio nos revela que ella ha sabido lastimar y hasta cancelar vínculos hasta entonces bien próximos. En nuestra tarea clínica aparece como un obstáculo de abordaje cuando se hace presente, interfiriendo o hasta paralizando más de una vez nuestra posibilidad de intervenir aún cuando la intuición indica que algo relevante del sujeto allí se expresa.

El sujeto de la grieta piensa, habla y actúa en nombre de la verdad o el bien, atribuyendo toda representación opuesta al otro diferente. Ya se trate de grupos pequeños o de grandes comunidades, la dimensión especular se instala más temprano que tarde y los sujetos de uno y otro lado se atribuyen idéntica caracterización. En nuestro medio, pero no sólo aquí, la corrupción, (o también el sesgo autoritario, o la ignorancia, o la mala fe) es sistemáticamente adjudicada al otro bando. Y con el agregado de otro matiz totalizador: ese carácter despreciable es todo lo que el otro es. La corrupción es todo lo que el otro es. No hace falta recurrir a la figura del fanático: la grieta sabe hacerse presente de modos más discretos, más subrepticios pero no menos insidiosos.

*El fanatismo puede pensarse como una identificación extrema con un Ideal del Yo, donde el sujeto elimina la ambivalencia, la duda y la posibilidad de diferencia en su etimología **Fanaticus** significa “Inspirado por una divinidad”, “entregado a un dios” o “poseído por lo divino”. Lo cual nos sugiere una continuidad con el pensamiento religioso*

A la vez, el sujeto de la grieta no es consciente de su propio atravesamiento. No sólo quedan escotomizadas radicalmente otras opciones, ideas o argumentos, sino que la vigencia de esta dinámica que lo determina queda fuera de su percepción: nadie se autopercibe agrietado. Lo cual nos conduce, justamente, a que sus determinaciones arraigan en lo Inconsciente. Justamente el desafío de sustraerse requeriría un trabajo psíquico adicional, a cuyo empeño el sujeto resiste. Se trata de una expresión de la resistencia probablemente de la misma índole de aquella con la que nos topamos en el trabajo analítico.

Es claro que las grietas tienen determinaciones socio históricas propias de cada circunstancia, tiempo y lugar. Me he propuesto aquí tratarla como un observable de nuestra clínica, tanto en el plano individual, como en la esfera social. A lo que procuro apuntar es a las condiciones intrapsíquicas de su instalación, apoyándome en las aportaciones que el Psicoanálisis nos ofrece para modelizar la estructuración del Yo.

LAS TEORIAS SOBRE LA FORMACION DEL YO. En lo que va del año venimos recapitulando los distintos vértices, los distintos momentos teóricos en la producción psicoanalítica que apuntan a dar cuenta del asunto. Tratando de no abundar, recapítulo aquí algunos acentos que quisiera destacar. En 1915, en Los instintos y sus destinos aparece la afirmación del odio como primer afecto fundante, en tanto permite una primera diferenciación crucial Yo/No Yo. “El odio es una relación del Yo con un objeto que se reconoce como fuente de placer”, “todo lo que le es extraño, lo que choca con él será repelido”. Se odia lo que frustra o amenaza.

Y en 1917, en la Adición metapsicológica a la teoría de los sueños dirá: “Una percepción que se hace desaparecer mediante una acción es reconocida como exterior, como realidad; toda vez que una acción así nada modifica, la percepción proviene del interior del cuerpo”. Sobresale aquí la preferencia por el mecanismo de la fuga, del apartamiento como forma de resolver la tensión. Ya entonces en esa instancia del aparato y de la teoría, lo que resulta displacentero, amenazante o intrusivo va a ser expulsado. Y el estímulo decisivo es un estímulo doloroso. Es una primera forma de defensa primitiva y es a la vez **fundante**. En esta etapa primordial Klein propondrá distinguir dos posiciones. En la posición esquizoparanoide el mundo se divide en términos extremos. Lo bueno y lo malo.

Aquí también el odio delimita y organiza. Para Klein ya hay un Yo con capacidad de ejercer modos de defensa primitiva.

El Yo de placer purificado y el Yo de realidad inicial. Laplanche y Pontalis (1967) acuñan estos dos términos reconstruyendo una mirada teórica del yo temprano. Se apoyan en los argumentos de Los dos principios para describir a un Yo que se aparta de toda representación displacentera, orientándose sólo en dirección a la satisfacción inmediata y apartándose del placer que amenaza intrusarlo. Laplanche hará en sus desarrollos un fuerte hincapié en este carácter intrusivo. El Yo de placer purificado se caracteriza por el reinado del principio del placer filtrando todo estímulo excesivo que venga a amenazar la constancia.

Lo que me interesa poner aquí de relieve es que todos estos momentos teóricos, tanto los más tempranos como los ulteriores, los tentativos como los más elaboradas, convergen en este aspecto decisivo: lo que el Yo se constituye justamente **gracias** a la exclusión de lo que viene a ponerlo en riesgo. Así, su conformación e integridad pasarán a depender decisivamente de que esta expulsión se consume. **En este sentido hay una grieta que es consustancial con la construcción y la arquitectura del aparato. Y a lo largo de la vida esta dinámica ha de operar para mantener relativamente indemne su integración.**

Entendido de este modo, es factible indicar en la dinámica de las grietas una **regresión** a modos arcaicos del funcionamiento yoico. Claro que esta regresión no ha de ocurrir de modo espontáneo. Algo amenaza vulnerar la estructuración y el camino regresivo se desencadena. Entre nosotros Yago Franco viene remarcando el potencial traumatizante de nuestra época por la vía de un modo de vida marcada por el vértigo informático, el imperativo de satisfacción inmediata, la falta de alternativas al sistema, la ruptura del lazo social.

La otra vertiente teórica que se hace necesario llamar a escena es la del Yo del Narcisismo, el Yo como objeto de investidura. Dijimos que el Narcisismo construye su montaje por contraste con alguna diferencia. Pero no todas las diferencias ponen en jaque la configuración del Yo, no todas tienen el mismo riesgo de vulnerar su consistencia, que en general caracterizamos como inestable y más o menos sólida según circunstancias y

variaciones individuales. Probablemente los estímulos que propicien movimientos regresivos son los que pongan en cuestión representaciones del Yo que soportan una carga de particular relieve. En efecto, el Yo inviste representaciones de sí mismo, que lo constituyen por vía de la identificación que son, a su vez, sedimento de antiguas relaciones de objeto. Entre esos elementos quedan cargadas narcisísticamente representaciones que provienen de una circunstancia contingente: la nacionalidad, por caso, o la pertenencia social, o familiar, o el apellido. Por este camino pasan a formar parte de aquello que solemos llamar IDENTIDAD. Identidad no es un término que Freud haya utilizado, y que parece reclamar una mayor precisión conceptual. Quien sí formuló una definición es Erik Erikson: un **sentido interno de continuidad temporal y coherencia personal**, que permite al individuo sentirse el mismo a lo largo del tiempo y ser reconocido como tal por los demás. Es el resultado de un proceso psicosocial que integra experiencias pasadas, valores, creencias y expectativas sociales. Hace un tiempo Juan Carlos Perone preguntaba si lo que denominamos identidad es propio del campo subjetivo, o incluye también las adjudicaciones que el entorno social, familiar, vincular producen sobre el sujeto. Pregunta pertinente, que la definición de Erikson responde reuniendo ambos aspectos, pero dejando el problema de cómo resolver el concepto en caso de que la percepción del sujeto no coincida con las atribuciones de su entorno. Las cuestiones de la identidad de género, hoy en boga y abordadas con interés en el Colegio, se enmarcan en este terreno problemático. Me refiero a la tensión entre fundamentar la identidad de género en la anatomía vs. la vertiente que se apoyan en la experiencia subjetiva. Dicho sea de paso, son temas bien capaces de propiciar grietas.

El hecho evidente de que la cuestión de la identidad conserva estrecha relación con el narcisismo tiene su correlato clínico: quien dice “Yo soy de River,” no lo enuncia de modo puramente descriptivo. Más allá del propósito consciente de auto caracterizarse, una semiología fina de ese instante nos permite detectar, de modo más o menos discreto, un sesgo de autocomplacencia, de autoafirmación y aún de orgullo. La enunciación soporta, conlleva el plus de una investidura narcisística. Lo mismo con nuestras ideas, nuestras opiniones, nuestras posiciones políticas, con nuestras preferencias teóricas, con nuestras instituciones de pertenencia. Y entonces decimos: “yo soy freudiano, o lacaniano, o cognitivo o neuropsiquiatra, o miembro del Colegio de Psicoanalistas”. Rasgos investidos que forman parte de lo que venimos designando como **identidad**, que se configura a su vez como una trama con distintas facetas.

En la entrevista que Alberto Marani le hizo recientemente a Julio Marotta, la primera pregunta apuntaba a por qué no había elegido clínica médica. Se notó en él una sorpresa, una vacilación y recompuesto, emprende una respuesta que arranca contando anécdotas de su colegio primario. El momento me parece ilustrativo acerca de que las razones de nuestras elecciones tienen raíces que escapan a la conciencia y que arraigan en lo que llamamos series complementarias. Y que toda “explicación” sobre ello se parece más a una saludable racionalización sobre la base de una ignorancia, de un “No sé por qué elijo lo que elijo”.

COMO SE FORMAN NUESTROS PENSAMIENTOS (ideas, ocurrencias, referencias, adscripciones ideológicas): La teoría nos ofrece un modelo ilustrativo del proceso por el que construimos nuestras ideas. Y lo más decisivo de este modelo es que justamente no se trata de un proceso meramente ideativo, racional, reflexivo. Por el contrario Freud las entiende como una resultante, un fruto de una trama dinámica compleja en la que subyacen nuestros deseos reprimidos, experiencias y conflictos infantiles. En el tránsito desde el proceso primario al proceso secundario lo que hoy es idea, ayer fue deseo. En el camino han operado la represión, el desplazamiento, la condensación, la simbolización, la sublimación y otros etcéteras que el Yo ha aportado laboriosamente. En este sentido nuestros pensamientos son también vías de tramitación de lo pulsional. Cuando un nuevo acto psíquico ha transfigurado el Narcisismo primario en un Yo investido tenemos un yo configurado por una trama compleja y en movimiento, que incluye múltiples representaciones de múltiples objetos. Yo inviste secundariamente sus objetos como si fueran “sus productos”, como si las ideas hubieran surgido en su seno de modo autónomo. El Yo es el yo y sus objetos, pero también es el fruto de atributos que le fueron legados por herencia, por efecto del azar. El fenómeno clínico consecuente comporta una ilusión. El sujeto, investidas narcisísticamente sus ideas, pensamientos, creencias, las supone irrebatibles, un paso más allá las mejores, y en el extremo, las únicas.

La asignación de valor a las cosas es fruto de esta dinámica. En virtud de ella resulta difícil concebir que algo tenga valor per se y con alcance universal. Es la investidura narcisística la que hace que un pueblo se enorgullezca de poseer la obra pictórica más grande. Y en el pueblo vecino ostentan la posesión de la pintura más pequeña (un cuadro

pintado en la cabeza de un alfiler). De este modo resalta que las categorías “pequeño” o “grande” sólo tienen un valor relativo al contexto y a la carga que se les haya adjudicado. Así lo estudiaba Hugo Bleichmar en un viejo libro que se llama La depresión, un estudio psicoanalítico. Refiriéndose a lo que hoy llamamos bipolaridad (entonces era PMD) señalaba que el Narcisismo bascula de modo inestable entre dos únicos extremos posibles: la exaltación del yo, que en su fusión con el ideal se vivencia a sí mismo como grandioso en el caso de la manía y en el polo opuesto, la desvalorización, que se corresponde con la caída de la autoestima y el autoreproche característicos de la depresión. (Entendido así, de paso, se nos aparece la sugerencia de una posible continuidad entre los fenómenos de la grieta y la manía). Para él el valor es resultado de la economía libidinal: algo es valioso porque está cargado de libido narcisista. El proceso es dinámico: el objeto perdería su valor si esa investidura se retirase, o se despazase hacia otra representación. Un niño invierte valor en el rendimiento escolar, por ejemplo, no porque valore el conocimiento en sí sino porque le garantiza el amor del Otro. Y de ese modo inscribe como valioso un rasgo en tanto que configura su matriz de autoafirmación, reconocimiento y sentido. Para Bleichmar, los valores son históricos, relaciones y variables. El valor no es una propiedad intínseca del objeto. (Angustia y fantasma, 1986. El narcisismo: estudio sobre la enunciación y gramática inconciente, 1981). Esto entra en contraste con otras tradiciones de la filosofía como la de Platón, en la cual el Bien, la Verdad o la Belleza son valores absolutos.

Volvamos entonces a nuestras suscripciones teóricas, nuestras ideas políticas, nuestras preferencias bibliográficas, nuestras pertenencias institucionales, aquellos rasgos diversos que configuran nuestra identidad. Algo de esto se desprendía en la ponencia de Carlos en la mesa inaugural, cuando habló de ciertos “obstáculos epistemológicos” en nuestra relación de frontera con las aportaciones de la escuela del YO. Obstáculos epistemológicos que bien pueden derivar en la construcción de prejuicios y tienen como sustrato estas dinámicas sutiles del narcisismo.

Una digresión ilustrativa: buceando en la historia de la escuela americana, que incluye la Ego-psycology, aparece un dato llamativo. Lo que llamamos hoy “escuela americana” estuvo conformada originariamente por un grupo de psicoanalistas europeos, exiliados por la guerra. Y tuvieron que sufrir un cierto desdén por parte de la comunidad local, en tantos sus propuestas fueron consideradas “demasiado europeas”. Años después los

recorridos conceptuales que se fueron desarrollando desde allí, merecieron críticas referidas a que se correspondían tendenciosamente con un modelo “demasiado americano”, en términos de su sesgo adaptativo, su dimensión pragmática, etc. En fin, anécdotas ilustrativas. Una vez más, lo que se considera valioso o desdeñable varía según lugar, época, y circunstancia, atravesadas por paradigmas cambiantes.

¿Por qué nos seducen, nos convencen, nos interpelan más algunas versiones, algunos acentos, algunos autores más que otros? ¿Por qué razones los “elegimos”? ¿Es tan cierto que los elegimos? En los albores de nuestra formación, en un determinado ámbito, con determinados maestros, analistas, supervisores, colegas, no teníamos probablemente los elementos de juicio que nos permitieran discernir reflexivamente y fundamentar nuestras propias preferencias. No deberíamos descartar que bien pudo actuar decisivamente algo del orden de lo aleatorio. Y que, si lo pusiéramos en una secuencia lógica, el Yo viene a investir las representaciones que lo configuran por identificación secundariamente. Y así, corriendo el riesgo de antropomorfizar las instancias en beneficio de la claridad, podemos decir que el yo se engalana, se prestigia, se engolosina, como fruto del montaje narcisístico que allí se organizó. Se nos ocurre una buena idea entonces adviene, como gozosa frutilla del postre una vivencia de regocijo. Pero bien mirado, y con lente que el propio Psicoanálisis nos proporciona, esa ocurrencia, esa idea, ese rumbo vivido como una elección, ese rumbo es el resultado de una compleja trama inconciente en el seno de la cual el Yo no puede reivindicar autonomía. Como bien sabemos, la autonomía del Yo es relativa y consiste en una compleja trama sobredeterminada y sobredeterminante, que podríamos resumir bajo el sintético paquete llamado “series complementarias”. Es una noción abarcativa pero que desglosada nos permite ilustrar complejo proceso de estructuración del aparato: incluye tanto lo endógeno, las experiencias infantiles como el aspecto aleatorio, representado por los factores actuales que pueden obrar como desencadenantes.

En su libro “*El sentido del humor*” Alexandra Kohan destaca que el logro humorístico se produce más allá de la voluntad consciente del sujeto. El humor no se busca, nos viene, se nos hace en la cabeza, pero es casi imposible afirmar cómo. Como toda formación del Inconsciente no somos del todo su dueños.

El humorista ignora cómo fue que esa frase ingeniosa y risueña surgió en su conciencia en ese momento. Se fabricó en su mente casi sin participación voluntaria y se diría que

sin su propio consentimiento. Y ahí, en el acto, la vivencia de gozo. El humorista se vivencia a sí mismo como fabricante de su logro, como si hubiera tenido mérito autónomo en construirlo. Pero como toda formación del Inconsciente no somos del todo su dueños.

NOSOTROS Y LAS GRIETAS: ¿Por qué razones interesa la grieta como observable? En primer lugar como ciudadano de este tiempo y este lugar, en la impresión de que bajo la vigencia de la grieta el efecto es empobrecedor, tanto en lo que hace al propósito del enriquecimiento simbólico como en el plano de lo material. La posibilidad de construir proyectos perdurables, sustentables e inclusivos parece cada vez más lejana. Economistas y científicos políticos, periodistas de opinión en nuestro país (Tulio Halperín Dongui, Juan Carlos Torre, Guillermo O'Donnell, Eduardo Basualdo) coinciden en denunciar la eterna basculación entre proyectos polarmente diferentes que se dan relevo turno a turno antes de llegar a dar algún buen fruto. Con distintos acentos: la inestabilidad de las alianzas sociales y políticas, la falta de acuerdo entre élites, las conductas corporativas, la pregnancia de lo ideológico...

En el plano de lo simbólico, concebimos al pensamiento como una herramienta al servicio de Eros, y se hace evidente que la grieta menoscaba la función de pensar. El ejercicio del pensamiento crítico allí, se hace incompatible. Y es dable incluso que aquel que en su discurso explícito defendería al pensamiento crítico como modelo, como actitud recaiga insensiblemente en los repliegues obturadores de las grietas.

FREUD Y EINSTEIN: en los últimos tiempos, la guerra se ha vuelto a hacer presente. Aunque la grieta comporta formas de violencia de diferente grado, no siempre su desenlace es la guerra. Pero sí es un riesgo: que la grieta ponga en acto. Y habilite la violencia en pos de la destrucción del otro. La guerra en Medio Oriente, sin olvidar sus determinaciones geopolíticas y materiales, resalta como el ejemplo más dramático y que sigue conservando una actualidad irrompible a pesar del paso de los años. Cada bando hace puntuaciones sobre esta larga historia, de modo tal que el iniciador del conflicto o el responsable de la violencia primera resulta indiscutiblemente el otro. Muy lejos, apagada por el estruendo de los misiles, se pierde la voz de Emmanuel Levinas, exhortando a la responsabilidad ética de dar hospitalidad al otro radical, ideas que nos

acercó Mariana Wikinski en una recordada exposición de hace unos años aquí en el Colegio.

En el año 1932, salvando las fronteras Freud y Einstein, desde veredas epistemológicas que podrían haber propiciado una grieta irreconciliable, sostienen una conversación epistolar sobre las razones de la guerra. Se habían conocido personalmente unos años antes, en casa de un hijo de Freud. Se cayeron bien, tal parece, (Freud le escribe a Ferenczi que el científico le resultó amable, alegre y seguro de sí mismo) entre guerras y antes de las atrocidades del Holocausto, es Einstein el que abre el juego. La iniciativa había partido de la llamada Liga de las Naciones, justamente en respuesta a la devastación ocasionada por la Primera Gran Guerra. Invitaba a intelectuales renombrados a una reflexión pública, en un gesto de confianza en la posibilidad de que el pensamiento crítico enfrentara los desafíos globales. Einstein interpela a Freud acerca de los caminos, si es que los hubiera, para evitar la “fatalidad” de la guerra. El término es elocuente de un pesimismo flotante. Las guerras se repiten a lo largo de la historia como un destino inexorable. A Einstein lo preocupa el destino de la humanidad en tanto y en cuanto el progreso tecnológico, del cual él es actor protagónico, hace más probable el horizonte de la destrucción masiva. Si es Freud el interpelado, anida en Einstein la intuición de que las razones arraigan en la profundidad de las pasiones humanas. Entre ambos repasan los fracasos de la humanidad a la hora de organizar instancias supranacionales que oficien de terceros mediadores. La respuesta freudiana es bien conocida y tiene por centro argumental la cuestión de las pulsiones autodestructivas.

Años antes, en 1915, a poco de iniciada la Primera Guerra el propio Freud, escribe un texto que se llama Lo perecedero, Lo efímero, Ensayo sobre la caducidad. Allí Freud reivindica el valor de las cosas a pesar de su condición efímera. Por el contrario apuesta que es la caducidad lo que potencia el valor, respondiendo a la melancolía del poeta que se lamenta de la breve duración de las cosas. Hasta ahí, un Freud optimista. Pero hay también en el texto el testimonio de una decepción: la expectativa de que el progreso cultural llevará a la pacificación. He ahí un duelo, señalaba, abundando en su teorización sobre el tema publicada ese mismo año, pero dejando lugar a la lectura de que también se refería a un duelo personal, respecto de los alcances y las limitaciones de su método y de la razón como herramienta de progreso. Es difícil sustraernos de una sensación

equivalente en estos días. El escenario, salvando diferencias de época, conserva alguna semejanza con lo que nuestra actualidad nos depara.

FINAL: En tiempos de desazón, como los que nos está tocando atravesar, la reconstrucción de la esperanza se nos presenta tan imperativa como remota. Siempre flota la pregunta acerca de si estos tiempos tienen una dificultad distintivamente más dramática y definitiva que otros. Acaso se trate de que lo vivido en presente tiene mayor fuerza de impacto que cualquier pasado, sólo se trata de que el Yo sufre ante todo lo que lo hiere de modo actual y directo. Y aunque no existe la posibilidad de precisar la medida, es el Yo, de nuevo, el que le pone valor y se abroquela en la ilusión de que su sufrimiento es el peor de los sufrimientos posibles.

Entretanto, con la lucha interminable entre Eros y Tanatos como telón de fondo, nuestro instrumento nos ofrece la posibilidad, módica pero erótica, de reflexionar sobre nuestras propias determinaciones, examinar nuestros propios derivas, poner en cuestión nuestras ilusiones de certeza. No nos ofrece garantías, no salvaremos al mundo, pero en el mejor de los casos ayuden a propiciar y mantener **conversaciones** suficientemente buenas. Apuntando, como Rafael nos decía en un texto reciente a “poner en juego toda la verdad posible (tolerable) que no replique nuevas coartadas para rehuirla”.

Alberto terminaba su exposición proponiendo que un buen análisis nos conduce a la valentía. Se refería, si lo entendí bien, a sobreponerse a la amenaza de castración. Agrego aquí, si cabe, que en lo que hace a las celadas del narcisismo, un buen análisis también debería orientarnos, esquivando grietas, por el camino estrecho y sinuoso de la genuina modestia.